

En edición del Centro de Estudios Bizantinos y Neogriegos de la Universidad de Chile y el Secretariado de Extensión Universitaria de la Universidad de Granada, se publica en primera edición de 1997 el *Cristóbal Colón* del autor griego-cretense Nikos Kazantzakis en traducción castellana de Miguel Castillo Didier. Y aunque largamente, es útil y gozoso referirse a ella. La publicación viene precedida de un generoso prólogo del profesor Castillo Didier, que proporciona importantes antecedentes y caracterizaciones del teatro del autor griego, "un teatro poético", acerca del cual sostiene una de sus traductores y estudiosos que "una intensa poesía se desprende de ese sentido de lo divino que impregna toda la obra".

Se pregunta Castillo Didier: "¿Son representables las tragedias kazantzakianas?" Y se responde que sí, que la práctica "ha demostrado que el 'teatro poético' de Kazantzakis es teatro". Entrando de lleno en la obra misma, afirma su traductor castellano que "Colón es una de las personalidades históricas más admiradas por Kazantzakis. (...) Para el cretense, el aspecto religioso de la hazaña de Colón no es fundamental. Lo más importante es el aspecto puramente humano, la grandeza de la lucha obstinada del navegante".

Y al comparar la obra del griego con el libro de Cristóbal Colón de Paul Claudel, que "recoge un enfoque esencialmente religioso de la personalidad y la hazaña de Colón", afirma Castillo Didier que en Kazantzakis hay, en cambio, "un enfoque humano".

Consta la obra de 4 actos. El primero tiene como escenario la Celda del Prior en el Monasterio de la Virgen del Atlántico. "En estos penascos del Atlántico", dirá el religioso. Se dirige al Prior el Capitán y su primer y breve parlamento concluye con "dos palabras aún; solamente dos y termino". Es decir, la obra ya ha comenzado, antes de que se descorra el telón.

Contienden el hombre de Dios y el hombre de mar, mientras de fondo se escucha el llamado de un viajero nocturno al portón del Monasterio. Ha hablado el mundano, como nos informa la réplica del padre Juan, "famoso piloto en otro tiempo" y que se ha incorporado a la escena, "sobre nuevos países que pretendes descubrir y sobre oro y glorias de este mundo y grandezas".

Busca el Capitán "un nuevo mapa. Señala la ruta más breve hacia lejanos países abundantes en oro". Y propone una empresa conjunta: "Vosotros ponéis el mapa, yo pongo los hombres", pues él los tiene y nada puede hacerse sin "navios, marineros valientes y capitán audaz".

No llega a buen puerto la negociación y el Capitán se dispone a marcharse, no sin antes advertir que "otro capitán... golpea a esas horas la puerta de la Reina".

Y es precisamente ese "otro capitán", aquí llamado Viajero, quien dice al capitán Alonso "nunca encontraréis nuevas tierras: sabedlo por mí, porque no las lleváis dentro de vuestras entrañas". Es, ya parece evidente, Cristóbal Colón, y se desata el conflicto al ser reconocido por Alonso, que en alguna oportunidad intentó matarlo y volverá a hacerlo pues le lleva cuentas pendientes. Pero el Viajero, ya Cristóbal, da la nota justa, que anuncia lo que vendrá: "El puñal no puede atravesar mi cuerpo. Llevo como coraza una gran idea". El Acto Segundo transcurre en "una pequeña iglesia, pobre, con vitales

quebrados". Los personajes son las estatuas de la Virgen y de Cristo, el capitán Alonso, Cristóbal Colón y el Prior. Le pide la Virgen "piedad" para Cristóbal, pero responde el Cristo: "Desde el instante en que nació lo elegí entre todos los hombres y ya no tiene salvación. (...) ¡Quiéralo o no, me ha de tomar sobre sus hombros y me ha de pasar a través el océano!". Idea de trágica predestinación que el Cristo comparte con Cristóbal, pues insiste: "...y no acepta ya la felicidad". Ora Cristóbal y se enfrenta violentamente con Alonso. Quema el mapa Cristóbal, ante la desesperación

de su enemigo, pero termina éste por caer subyugado por la evidente fuerza -¿superioridad?/- de su rival y acepta el lugar que este le ofrece en una empresa que ya será común.

El Acto Tercero se despliega en Granada, en la Sala del Trono de la Alhambra. Lo inaugura el monólogo más extenso de la obra, y quien lo sostiene es Isabel de Castilla en "su cuenta mutua" al Señor de los Ejércitos y otros títulos que lo adornan. "El pueblo tiene hambre, los nobles se rebelan", le dirá. "He vendido todas mis joyas de oro". (...) ¿Que puedo hacer?"

Y más adelante: "Y él mi venia para que se presenara aquí, hoy, delante de Ti, Señor, este visionario y ardiente capitán, ¡Cristóbal Colón de nombre! Miralo, júzgalo y dame tu señal". Dialogan el navegante, que ha aparecido tras el monólogo de la Reina con su Dios, y al final ésta se ha rendido. Colón tendrá lo que tanto ha buscado. Pero es lícito preguntarse por la verosimilitud de este Acto: ¿ocurrió en la realidad escénica o es un recurso casi podría decirse extra dramático, una suerte de paréntesis, un algo que nunca ocurrió pero que sí estaba "potencialmente" en la lógica de lo posible o, tal vez sea mejor decirlo, de una suerte de "necesidad neta", algo así como el antecedente ideal de lo real ocurrido? El recurso es homologable a ese comienzo que señalábamos: de una parte, una acción que se había iniciado antes de descorrerse el telón; de otra, una escena que no integra la "acción dramática", un episodio que nunca ocurrió, pero que se nos aparece como necesario para comprender lo que se vendrá. Ya podrá continuar el relato dramático, esta vez con personajes reales y en situación "real".

Acto Cuarto y final. "En el Océano Atlántico, a bordo de la Santa María". Están Cristóbal, el padre Juan, arrastrado por su vocación marinera, el capitán Alonso, el mismísimo Prior, el Com de Marineros y hay Voces y Angeles. Polifonía de temores fundados, desconfianzas, desesperanzas, imprecaciones y una sorda animadversión que va tomando forma de tumulto, de rebeldía y contumacia de motín. Todo está en entredicho, la confianza es el Almirante, la fe en Dios. Hasta que restaura los ánimos desencadenados la voz del Virga que reanuda: "¡Tierra, tierra!"

Porque ha imprecado Cristóbal "¡Dios mío, me has abandonado en medio del océano! ¡Pero yo no te abandono!". Y es que ha sostenido: "No existen los pecados, santo Prior, no; existen solamente pecadores. Y yo, por más pecados que cometa, permanezco siempre puro, limpio como la llama". Es su gran secreto: "¡Que el pecado mismo esté al servicio de Dios!"

Ha sufrido y llorado, ha experimentado alucinaciones, pero jamás ha dudado: he allí su firmeza. El Gran Almirante se ha alzado a la altura de su Dios para culminar su obra.

El genio de Nikos Kazantzakis no podía aspirar a hermandad más feliz que la pluma de Miguel Castillo Didier.

Fernando Quilodrán



El Cristóbal Colón de Nikos Kazantzakis y Miguel Castillo Didier

El Cristóbal Colón de Nikos Kazantzakis y Miguel Castillo Didier [artículo] Fernando Quilodrán

Libros y documentos

AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2013

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Cristóbal Colón de Nikos Kazantzakis y Miguel Castillo Didier [artículo] Fernando Quilodrán

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile